



MARTÍN
DE
RIQUER

Caballeros
andantes
españoles

*Las crónicas
de caballeros reales
e históricos*



Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Somos muchos los que...

Novela y realidad, realidad y novela

El passo honroso

Aventuras y viajes de caballeros andantes

Batallas por malquerencia

En resumen: no todo es literatura

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Un libro, como indica su título, sobre los caballeros andantes españoles, un prototipo social de la España del siglo xv, tal como atestiguan las crónicas de la época. Si existieron los caballeros andantes fue, en parte, gracias a Lancelote, Curial o Amadís, pero estos reflejan, no siempre tan exageradamente como se ha dicho, la realidad en la que fueron imaginados. Así, de la mano de quien también nos hizo llegar la música de los trovadores a través de sus textos, presentamos algunos de aquellos personajes en los que se inspiró la novela de caballerías, el género que hizo enloquecer al más inmortal de los hidalgos.

CABALLEROS AN- DANTES ESPAÑO- LES

Martín de Riquer

Ariel

Somos muchos los que, cuando en nuestra juventud leímos el maravilloso libro de J. Huizinga *El otoño de la Edad Media*, vimos cómo se abría ante nuestros ojos un mundo brillante y fastuoso que alucinaba por su colorido, su gesto y su señorial gallardía, envenenado por la literatura y empeñado en mantener unas formas de vida de un pasado que, por serlo, parecía más bello. Pero el mundo tan sagazmente retratado por Huizinga se basa en documentos, en crónicas y en datos, procedentes la mayor parte de Francia, de Borgoña y de Flandes, y son tan escasas las referencias a los hombres y las cosas de España en el libro del historiador holandés que era lícito concluir que aquellas tan típicas características del otoño medieval se daban en nuestras tierras con un perfil más inseguro o con una intensidad mucho menor. No obstante, así que nos asomábamos a algunas de nuestras crónicas, como la de Juan II de Castilla, o recordábamos el *Passo Honroso*, de Suero de Quiñones, o leíamos las magníficas páginas de *El victorial*, de Gutierre Díez de Games, el mundo caballeresco español del siglo XV adquiriría consistencia y emergía perfectamente vinculado a unos ideales y a unas costumbres generales en la Europa occidental. En gran parte está todavía por hacer el estudio del «Otoño de la Edad Media española», tarea necesaria desde muy diversos puntos de vista. En primer lugar se trata de una realidad social, tan social y tan realidad como pueden serlo los salarios de los albañiles medievales o las quiebras de las bancas a finales del siglo XIV. Porque es perfectamente lícito y digno de todo encomio trabajar sobre la problemática que presentan albañiles y banqueros, y en este sentido admiramos

los avances que ha hecho nuestra ciencia histórica en estos últimos años. Pero se suele olvidar, o no se advierte, que en este mismo mundo de obreros y de financieros existen otros hombres, tal vez eco de ideales de un tiempo pasado, tal vez aventureros o soñadores, que gozan de la admiración de sus contemporáneos y que, con gesto orgulloso y viril, quieren mantener a todo trance unos principios que les otorgan una superioridad ante el resto de los humanos, superioridad que raramente se ve discutida. En el siglo xv español, con el albañil y el banquero convive el *caballero andante*, y precisamente porque a muchos parece todavía que el caballero andante es un ser puramente literario y sólo existente en las páginas de los libros de caballerías —de ello tiene una buena parte de culpa Miguel de Cervantes—, creo que vale la pena bosquejar algunos aspectos de este tipo humano para convencernos de que también se integra en una realidad social.

Pero este libro (que se limita al siglo xv) no tiene pretensiones históricas sino que intenta desbrozar un camino que tal vez hará comprender mejor algún aspecto de la literatura en los últimos momentos de la Edad Media. Sobre la novela de aventuras medieval, la que tiene por héroe al «caballero», pesa la acusación de irrealidad, idealismo, fabulosidad, inverosimilitud, etc., en la opinión de aquellos que quieren que, a todo trance, la literatura sea un reflejo de la realidad, un documento (si puede ser con «mensaje» aún mejor) y la obra de autores que son «fieles a sí mismos», vago concepto que jamás he logrado entender. Los entusiastas del *Amadís de Gaula* —bastaría citar a Carlos V, a Santa Teresa de Jesús, a San Ignacio de Loyola, a Lope de Vega y, sin duda alguna, a Miguel de Cervantes— no eran unos estúpidos, aunque así lo creyeran los pensadores y autores graves, más o menos erasmistas, de su tiempo. Que el *Lazarillo de Tormes* sea una novelita estupenda no se debe exclusivamente a su realismo ni a que su antihéroe sea todo lo contrario del héroe Amadís.

En todo este problema creo que se impone hacer una distinción que precisa de un punto de vista no exclusivamente castellano sino europeo. El *Amadís de Gaula*, a pesar de su evidente originalidad, se sitúa en una clara línea artística que podemos seguir desde las novelas artúricas en verso de Chrétien de Troyes y que encontró su más amplia y resonante expresión en el larguísimo *Lancelot* en prosa francés, llamado «la Vulgata». Esta línea se caracteriza, si queremos sintetizar sin duda alguna precipitadamente, por la presencia de elementos maravillosos (dragones, endriagos, serpientes, enanos y gigantes desmesurados, edificios construidos por arte de magia, exageradísima fuerza física de los caballeros, ambiente de misterio, etc.) y por situar la acción en tierras lejanas y exóticas y en un remotísimo pasado. Pero otra gran novela del siglo xv, el *Tirant lo Blanc*, «el mejor libro del mundo» según Cervantes, carece de elementos maravillosos, tiene un protagonista muy fuerte y muy valiente, aunque siempre dentro de una medida humana, transcurre en tierras conocidas y perfectamente localizables, en tiempo próximo y ambiente inmediato y los nombres de muchos de los personajes de la ficción corresponden a nombres de personas reales que vivieron en el siglo xv en Valencia, Inglaterra, Francia, Italia y el Imperio bizantino.

En principio, y sólo desde un punto de vista metodológico, nos será útil llamar «libros de caballerías» a las narraciones al estilo del *Amadís de Gaula* y «novelas caballerescas» a las que reúnen las características que tan rápidamente he señalado en el *Tirant lo Blanc*.

Hay, en francés, un buen número de novelas caballerescas del tipo del *Tirant lo Blanc* o de la también catalana *Curial e Güelfa*, aunque aquéllas muy inferiores en cuanto a su valor literario. Recordemos solamente el *Jehan de Saintré*, de Antoine de la Sale, y el anónimo *Roman de Jehan de Paris*. Son ambas auténticas novelas, o sea narraciones inventadas; pero sus

protagonistas actúan de acuerdo con la realidad de su siglo, el xv, y sus autores trasladan a sus páginas personajes y cortes que conocían. Ahora bien, estas novelas ofrecen muy poca diferencia respecto a otros libros franceses que relatan las históricas aventuras y proezas de auténticos caballeros, y son crónicas particulares de grandes militares contemporáneos, como, por ejemplo, el *Livre des faits du bon messire Jean le Maingre, dit Bouciquaut* o el *Livre des faits de Jacques de Lalaing*. Para que el lector comprenda adónde voy a parar, puedo asegurarle que si una persona que desconoce la historia de Francia del siglo xv lee el *Jehan de Saintré* y el *Livre des faits de Jacques de Lalaing* puede llegar a diversas conclusiones erróneas: o bien creer que ambos libros son narraciones inventadas (el de Lalaing es rigurosamente histórico), o que los dos son históricos (el de Jehan de Saintré es pura invención); o bien puede sospechar que las aventuras de Jacques de Lalaing son mera novela y las de Jehan de Saintré una veraz crónica.

Lo que en verdad ocurre es que la novela caballeresca — *Jehan de Saintré, Jehan de Paris, Curial, Tirant*— refleja una auténtica realidad social, sin desfigurarla ni exagerarla, y que las crónicas particulares del siglo xv —libros de Boucicot, de Lalaing, *El victorial*— narran los hechos históricos que llevaron a término caballeros que luego fueron modelos vivos para novelistas. Pero estos caballeros reales e históricos estaban, a su vez, intoxicados de literatura y actuaban de acuerdo con lo que habían leído en los libros de caballerías. Es un círculo vicioso que nos lleva a una especie de proceso de ósmosis que nada tiene de particular. En nuestro tiempo mismo existen actitudes y modas que la sociedad ha tomado del cine, el cual, a su vez, refleja actitudes y modas de la sociedad.

Creo que con estas consideraciones queda bien clara la finalidad de este libro, que puede tener como punto de partida corroborar un conocido pasaje del capítulo XLIX de la primera

parte del *Quijote*, cuando, indignado el hidalgo manchego porque el discreto canónigo toledano ha intentado convencerle de que «no ha habido caballeros andantes en el mundo», le replica con un bien argumentado discurso dividido en dos partes intencionadamente distintas: en la primera, don Quijote defiende, como otras muchas veces, a Amadís, a Fiebrabrás, a Tristán, a Lanzarote, a Roldán, etc.; y en la segunda expone lo siguiente:

Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama, y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimesmo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria; digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos, éstos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Todos estos nombres y estas breves referencias proceden, como es sabido, de la *Crónica de Juan II*, única fuente de información que parece haber tenido a mano Cervantes al redactar estas líneas. Pero tanto don Quijote como Cervantes se quedaron cortos, muy cortos, porque el siglo xv español está lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes que llevaron sus empresas por reinos alejados, tanto cristianos como paganos, y concluyeron aventuras brillantes y temerosas.

En este libro se reúnen, estructurados de modo muy diverso, retocados, a veces muy ampliados y despojados de todo aparato erudito, los siguientes trabajos míos: *Caballeros cata-*

lanes y valencianos en el Passo Honroso (discurso leído el 4 de abril de 1962 en la fiesta de San Isidoro, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona), *Andanzas del caballero borgoñón Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio* («*Strenae: estudios de Filología e Historia dedicados al prof. Manuel García Blanco*», Salamanca, 1962), *Lletres de batalla, I* (Barcelona, 1963, colección «Els Nostres Clàssics»), *Los caballeros Francí Desvalls y Johan de Boixadors en Ceuta* («*Anuario de Estudios Medievales*», I, Barcelona, 1964), *La batalla a ultranza entre Jodo de Almada y Menaut de Beaumont* («*Homenaje a Jaime Vicens Vives*», I, Barcelona de 1965), *Caballeros andantes españoles* («*Revista de Occidente*», Madrid, abril de 1965) y *Vida caballeresca en la España del siglo XV* (discurso de recepción en la Real Academia Española y contestación de Dámaso Alonso, Madrid, 1965). El lector interesado en estas materias encontrará en los citados trabajos la bibliografía e indicación de las fuentes utilizadas.

Barcelona, agosto de 1966

NOVELA Y REALIDAD, REALIDAD Y NOVELA

La empresa del brazalete

Como claro ejemplo de interferencia u ósmosis entre lo real y lo novelesco examinemos, en primer lugar, algunos casos que podemos agrupar bajo el título de «empresa del brazalete», que hallaremos en un caballero aragonés, en otro borgoñón que vaga por tierras de España, en otro siciliano que, como es natural, se considera vasallo de nuestro Alfonso el Magnánimo, y en episodios que se finge que ocurren en Barcelona narrados en una novela francesa del siglo xv. Se trata de un aspecto del voto caballeresco, gracias al cual se justificaba y se daba cierto contenido simbólico al deseo de combatir por el placer mismo de exhibirse luchando cuando no existían razones de odio o de malquerencia. El voto caballeresco consistía en abstenerse de una cosa determinada o de exteriorizarse con cualquier detalle llamativo, singular o humillante hasta haber participado en un hecho de armas bajo determinadas condiciones. Eran muy frecuentes estos votos, versión «a lo profano» de las promesas de carácter piadoso, y ahora no nos interesan los formulados con intenciones prácticas, como el del conde de Salisbury, que juró llevar un ojo siempre cerrado hasta haber guerreado con el rey de Francia, o el del famoso Bertrand du Guesclin, de no comer hasta haber luchado con los ingleses, ni los votos teatrales emitidos en fiestas solemnes, como los del pavón o los del faisán, ni los de tantos y tantos caballeros que prometieron no afeitarse la barba hasta haber logrado determinado objetivo.

El caso que ahora vamos a examinar es como el que formuló Suero de Quiñones de llevar todos los jueves una argolla de hierro al cuello, símbolo de cautiverio amoroso, hasta que se hubiesen quebrado trescientas lanzas en el Passo Honroso, como ya veremos al considerar este importante lance. Este tipo de voto se ha querido relacionar con una vieja costumbre de los guerreros germanos, pues Tácito, al tratar de los catos y de sus tradiciones guerreras, dice: «Los más fuertes llevan una anilla de hierro, lo que es ignominioso en aquella tribu, en forma de argolla; hasta que se libran de ella con la muerte de un enemigo» (*Germania*, XXXI, 3). Tal vez sea exagerado suponer que esta costumbre germánica hubiese persistido, ininterrumpidamente, hasta el siglo xv; lo más verosímil es que fuese recogida por relatos orales y pasara a la novela caballeresca primitiva, que mantuvo la vitalidad de este singular uso.

El voto caballeresco era llamado «empresa», palabra que con el tiempo pasó a designar las divisas pintadas y «motes» de pocas palabras que usaban los caballeros en sus contiendas deportivas y, más adelante, los emblemas tan cultivados por los escritores, a partir de Alciato (recuérdense las *Empresas*, de Saavedra Fajardo). Sebastián de Covarrubias (1611), al definir el verbo *emprender*, nos ofrece una rápida idea de la evolución semántica del término: «*Emprender*: Determinarse a tratar algún negocio arduo y dificultoso..., porque se le pone aquel intento en la cabeza y procura executarlo. Y de allí se dixo empresa el tal acometimiento. Y porque los cavalleros andantes acostumbravan pintar en sus escudos, recamar en sus sobrevestes, estos designios y sus particulares intentos, se llamaron empresas; y también los capitanes en sus estandartes quando yvan a alguna conquista. De manera que empresa es cierto símbolo o figura enigmática hecha con particular fin, endereçada a conseguir lo que se va a pretender y conquistar o mostrar su valor y ánimo».

El voto caballeresco era una especie de cebo para provocar la lucha, y a ello se debe su carácter generalmente externo y llamativo. El caballero que ostentaba una empresa —como la argolla de Suero de Quiñones— fingía que esperaba luchar con otro que lo «liberara» del voto, pues, hasta haber combatido en ciertas condiciones, se veía obligado, bajo juramento, a ir de aquel insólito modo, lo que, como veremos, podía prolongarse años. Ya insinuaremos, más adelante, los antecedentes literarios de esta «liberación».

No caigamos en el fácil error de creer que todo esto es mera «literatura». El 28 de agosto de 1397 el notario Jaume Dezplá, de Valencia, levantó una curiosa acta notarial en la que hizo constar, con los debidos testigos, que en el palacio del noble Olfo de Próxita comparecieron los caballeros Martí Eiximenis d'Orís y Pere de Centelles, y el primero hizo saber solemnemente al segundo que estaba dispuesto a «liberarlo» de su voto y empresa, que consistía en llevar una «garrotera», o liga; y exigió que se hiciera constar su ofrecimiento —de hecho combatir con él— en carta pública. Pere de Centelles, requerido por notario y testigos, afirmó que llevaba su empresa con la intención de que le «liberara» su compañero de armas Vidal de Blanes, y en principio se acordó que se ventilaría la cuestión en un combate de dos contra dos. En el Archivo Municipal de Valencia se custodia esta acta notarial, suscitada por la empresa de Pere de Centelles, que se mostraba con una liga, o «garrotera», indiscutiblemente sugestionado por el prestigio caballeresco de la orden de la Jarretièrre, o Garter, fundada por Eduardo III de Inglaterra en 1348.

El 20 de enero de 1431 se exhibía por las calles de Zaragoza el caballero Bernat de Coscón con una flecha o pasador atravesado en un muslo. Un tal Anthoni de Mont Aperto le envió un trompeta para preguntarle si lo hacía «por devoción, por amores o por armas», pero ni Bernat de Coscón ni su hermano mossén Bertrán quisieron dar ninguna respuesta al